

EL CORREO

MADRID

Martes 5 de Noviembre de 1895

Núm. 5,674

Año XVI

Las suscripciones son por Pagos anticipados. Madrid, 1 peseta al mes. Provincias, pesetas 5 trimestre en la Administración, y 5'50 por giro y comisionado. Portugal, 8 pesetas. Extranjero, 12 trimestre. Antillas y Filipinas, pesetas 15, y países fuera de la Unión postal, pesetas 18. Número suelto, 5 CENTIMOS de peseta.

Se suscribe en la Administración del periódico y en todas las librerías de Madrid y provincias.—También se reciben en la Administración, comunicados y anuncios españoles y extranjeros a precios convencionales.—Toda la correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de EL CORREO, calle de San Marcos, 30, 32 y 34, bajo.

EL MARQUÉS DE LA HABANA.

Una noticia triste y no menos dolorosa por hallarse prevista, tenemos que comunicar hoy á nuestros lectores.

El señor marqués de la Habana ha fallecido hoy á las tres de la tarde.

No es preciso encarecer las grandes dotes del finado: basta con hacer relación sucinta de los honrosos hechos de su vida para que resulte su alabanza.

El capitán general de ejército D. José Gutiérrez de la Concha é Irigoyen, primer marqués de la Habana, era el último superviviente de la familia del brigadier de la armada D. Juan, mártir de la causa patria en la horrenda hecatombe de la Venta del Tigre, en que también sucumbieron Liniers, su compañero de armas, y otros ilustres españoles al declararse independiente la hoy República Argentina en la banda occidental del río de la Plata. Su madre, tan respetada después por sus excepcionales prendas de virtud y fortaleza de ánimo, se trasladó á la Península con sus cuatro hijos.

D. Juan, el mayor, fué distinguido diplomático, prestando importantes servicios en Inglaterra y Prusia, donde sirvió largos años.

D. Manuel, el inolvidable marqués del Duero, cuyos talentos militares y heroísmo no hay para qué recordar en un país y un ejército que tanto le admiraron.

D. José, á cuya memoria van dirigidos estos apuntes, y doña María del Carmen, la viuda ejemplar tan conocida en las moradas del dolor y de la miseria.

Familia ha sido la del brigadier Concha, padre del ilustre finado, cuya fortuna, arrojando de una catástrofe que parecía deberle sumir en el mayor abandono, lejos como se hallaba del solar nativo y en época tan accidentada y turbulenta como la de la guerra de la Independencia, se ha hecho hasta proverbial, merced á la gratitud de la patria en un principio y á los servicios después, verdaderamente extraordinarios, de algunos de sus miembros.

El marqués de la Habana había nacido el 4 de Junio de 1809 en la ciudad de Córdoba de Tucumán, cuyo gobierno ejercía su padre desde las brillantes jornadas de Buenos-Aires de 1806 y 1807, en que tan gloriosa parte había tomado.

A los trece años, esto es, en 1822, entró en el Colegio de Artillería, y con tal aprovechamiento siguió los estudios que en él se hacían, que al poco tiempo de haberlos terminado y de su promoción al empleo de subteniente del arma, era profesor de matemáticas de aquella Academia, lo mismo en la época en que por las vicisitudes políticas se halló establecida en Madrid, como al ser trasladada á Alcañal de Henares, en que habría de permanecer hasta 1837.

No cuadraba ese servicio, por honroso que sea, al carácter del joven artillero, y en 1832 lo abandonaba por el de campaña, en el ejército de observación de Portugal, como alférez del escuadrón denominado de Valladolid, con el que operaba al año siguiente en el Norte, encendida ya la guerra civil que hizo del país vasco-navarro su teatro predilecto. Pero ni el brillo de cuerpo tan distinguido, ni el del Escuadrón de la Guardia Real, le fascinaban á punto de resignarse al servicio de un instituto cuya movilidad tenía forzosamente que ser ocasional por lo quebrado y falto de caminos de aquellas provincias, y en 1835 era ayudante de campo del general en jefe, y en 1836 pasaba al arma de caballería como capitán supernumerario del regimiento de húsares de la Princesa.

Ya para entonces se había distinguido en el ejército por su bravura y habilidad en el manejo de los ginetes de la escolta de su general, especialmente en la acción de Villarreal de Alava, en que fué el primero que entró en el pueblo á la cabeza de una mitad, derrotando á su escuadrón carlista que le defendía. Era aquel terreno por entonces campo raramente disputado, como que comprende las célebres y empinadas sierras de Arlaban, y el general D. Luis Fernández de Córdova se cubrió en él de una aureola tal de gloria, que si naturalmente habría de irradiar en sus más caracterizados tenientes, los Esparteros, los Narvaez, Méndez Vigo y otros, llegaría su luz aún á iluminar los nombres de quienes, aunque en jerarquías inferiores, eran, sin embargo, instrumentos y bien eficaces para la fama de un ejército que reveló las más eminentes virtudes militares en tan críticas ocasiones y jornadas.

En ellas se distinguió también el capitán D. José de la Concha, dirigiendo la marcha de algunas columnas, el reconocimiento del castillo de Guevara y otras operaciones de ataque de las alturas ocupadas por la facción enemiga. Pero la que le dió más renombre poco después en el ejército, fué la carga que con muy pocos de los húsares dió en Grá el 12 de Junio de 1837 al apoyo de aquel regimiento, mandado entonces por D. Diego de León, que desde Zaragoza, donde se hallaba, marchó á Barbastro y pasó el Cínca al tener conocimiento de la fatal jornada de Husos. Aquella carga le valió además el empleo de comandante y la cruz laureada de San Fernando.

Prolijo, y no de esta ocasión, sería el ir enumerando los servicios de D. José de la Concha en el curso y las postimerías de la llamada expedición de D. Carlos en aquel

mismo año, á cuya retaguardia no dejó un momento de hostilizar el nuevo comandante con sus húsares, ni los posteriores de 1838 y 39, en que ya con el mismo regimiento, bien como jefe del Estado Mayor, operó á las órdenes del ilustre general que acabamos de nombrar, en Legarda, Belascoain, Ciriza y Biurrun, ó con la escolta del general Espartero, á cuya cabeza se le vió siempre cargando con la furia que todo el mundo sabe exigía el duque de la Victoria en las ocasiones que un verdadero peligro ó su exaltado ardor, le hacían apreciar como solemnes.

Esos servicios le elevaron al empleo de teniente coronel, del que ascendió al de coronel por los prestados en la campaña del Centro, en las operaciones particularmente sobre Segura, Castellote y Morella, acabándose aquel ejército en Berga, en cuya acción del 4 de Julio, último de la guerra, se señaló también Concha con una carga tan enérgica, que los carlistas tuvieron que evacuar los atrinchamientos y baterías que cubrían sus posiciones avanzadas y la ciudad misma en que se habían también fortificado.

Allí obtuvo el mando de Borbon, quinto entonces de línea, desempeñándolo con tal satisfacción, que en una de las cláusulas de su testamento recomienda sea la fuerza de ese cuerpo la que le acompañe á su última morada.

Si hubo de dejar ese mando, fué porque, á consecuencia de los sucesos de Octubre de 1841, en que había tomado tan principal parte su hermano, se creyó en el deber de pedir el retiro para unirse á su familia en Italia, donde permaneció hasta que el pronunciamiento de 1843 contra el entonces Regente del reino llamó á los dos á España con los demás emigrados que, en efecto, acudieron á la jornada con el fuego que nos caracteriza para toda obra de la discordia que nos divide desde los tiempos más remotos.

¿Quién no conoce los resultados de aquella campaña, así los inmediatos que produjeron el cambio radical del gobierno, al que poco después sucedió la proclamación de la mayoría de la Reina Isabel, como los á que dieron lugar el Sitio de Zaragoza, en el mismo año, y el tan accidentado de Cartagena en el siguiente de 1844? En uno y otro se distinguió el ya brigadier Concha, cuya enérgica habilidad, desplegada singularmente en el segundo, en que antes de llegar el general en jefe, logró reducir á los sublevados al recinto de la plaza y castigar sus salidas, le valió el empleo de mariscal de campo y felicitaciones y obsequios de sabios de honor, bastones y charreteras que se apresuraron á ofrecerle las ciudades de Miróia y Lorca, que había libertado de la dominación de los rebeldes.

No por los escarmentados de Andalucía, de Zaragoza, Alicante y Cartagena cesaron nuestras tristes disensiones. En 1846 levantó de nuevo su repugnante cabeza la discordia, con caracteres entonces tan graves ó más que antes, puesto que era una parte del ejército, varios cuerpos de las milicias provinciales, la que inició en Galicia el movimiento insurreccional. Distraído se hallaba el general D. José de la Concha con las tareas del Congreso de diputados, para el que había sido nombrado por la provincia de Logroño, cuando fué elegido por el ministerio para la misión, harto delicada, de vencer aquel nuevo pronunciamiento. Y nunca como en aquella solemnisísima ocasión supo nuestro general desplegar las condiciones militares que atesoraba, cerrando á Astorga cuando estaba á punto de capitular con los sublevados, haciendo prisioneros muchos de ellos y dispersando á los demás con una escasa fuerza de caballería que él personalmente condujo adelantándose á los infantes de su columna, librando también á Lugo, amenazada de muy cerca, y restableciendo el imperio de la ley en Santiago, después de un largo y obstinado combate que elevó su concepto militar al de un general de los más distinguidos por sus talentos y bizarrías.

Teniente general ya y con la cruz de San Fernando de cuarta clase, obtenida en juicio contradictorio; capitán general que había sido de las Provincias Vascongadas, director del arma de caballería y disfrutando de grande opinión en los asuntos de organización, administrativos y tácticos, tanto por sus vastos conocimientos, adquiridos desde el principio de su carrera, como por su experiencia y pericia, ocurrieron en la isla de Cuba sucesos que presagiaban verdaderos riesgos para la conservación de tan importante colonia. El general Concha fué nombrado en Setiembre de 1850 para regir como su gobernador y capitán general; y no había transcurrido un plazo largo cuando la invasión de la isla por don Narciso López le puso en el mayor peligro, ya que representaba una acción, siquier disimulada, de los Estados Unidos y la complacencia de no pocos cubanos buscando una anexión vergonzosa ó su más que quimérica independencia. En muy pocos días desbarató Concha tan horrible trama viciando y fusilando á López, y reduciendo al silencio á los simpatizadores de su criminal causa, bien ruda y ejecutivamente ocammentada.

Tan feliz y próspero fué el gobierno de la isla de Cuba en aquel su primer período del mando del general Concha, que, relevado en Marzo de 1852, y después de alter-

nativas varias en la política de la Metrópoli, en que se le vió, ya en la dirección, otra vez, de Caballería, ya desterrado y teniendo que emigrar de nuevo á Francia, hubo de volver á aquella floreciente Antilla, donde con su sabia administración y la fortuna de desbaratar nuevas y también amenazadoras tramas y destruir las incipientes empresas, más ó menos abiertamente hostiles de los filibusteros norteamericanos, llegó á obtener, además de una popularidad, la más justa, en aquel país, el título que siempre, desde entonces, ha ostentado de marqués de la Habana y vizconde de Cuba.

Director después del arma en que, según se ha dicho, comenzó su carrera militar, embajador extraordinario en Julio de 1852, cerca del Emperador de los franceses, y en Abril del año siguiente ministro de la Guerra al formarse el gabinete Miraflores, en el que se creó por su iniciativa el ministerio de Ultramar, subsistente todavía, obtuvo algunos meses más tarde de haberse aceptado su dimisión en Enero de 1854, la grandeza de España que le fué otorgada al mismo tiempo que á los generales Pezuela, Pavía y Armero, recompensas á la que en 1858 se unió la de la más alta jerarquía militar de capitán general de ejército.

Los sucesos de aquel año le llevaron de nuevo al ministerio de la Guerra, con la presidencia del gobierno, formado en San Sebastián en las críticas circunstancias que no hay para qué recordar en escrito tan breve como el presente. La acción arrolladora de un movimiento, que más que ninguno otro de los anteriores, reveló también el cáncer de nuestras discordias, arrojó del suelo patrio á algunas de las que más lo habían honrado con sus servicios; y uno de entre ellos lo fué el marqués de la Habana, que en 21 de Octubre de aquel año recibió el orden de trasladarse al extranjero.

Y hubiera permanecido en el exilio, si el estado de la guerra separatista en Cuba no hubiese exigido que la dirigiese quien tales muestras había dado anteriormente de conocerla, ofreciendo garantías de todo género, pericia militar, tacto político y prestigio cual ningún otro en el país, de poderla acabar pronto y felizmente. En tal concepto, el llamado Poder Ejecutivo de la República le nombró en Marzo de 1874 gobernador general y capitán general de la isla de Cuba, en ocasión, precisamente, en que su presidente se hallaba en Somerostro al frente de las fuerzas carlistas, sitiadoras de Bilbao, que el marqués del Duero arrojara de sus posiciones, al parecer inexpugnables, en derredor de la invicta villa el memorable día 2 de Mayo.

El marqués de la Habana tenía que luchar con muchas y graves dificultades para vencer, no sólo la menor de ellas la situación política, la general de la acción, tan varia y accidentada allí como en la Península, hasta la feliz restauración de la Monarquía bajo el cetro del nunca bastante llorado Rey D. Alfonso XII. Sin resolver, pues, la magna cuestión de Cuba, hubo el general Concha de regresar á la Península, si con el dolor de no ver acabada aquella guerra, con la satisfacción si de una acogida la más benévola del joven y magnánimo soberano, en cuyo reinado obtuvo posiciones tan honrosas como la de presidente de la Junta Superior Consultiva de Guerra y del Consejo Supremo de Guerra y Marina, la de general en jefe del ejército del Norte, y por varias legislaturas la de presidente también del Senado.

La concesión del Toison de Oro en Enero de 1885 puso, como suele decirse, el sello á tantos honores como los acumulados en la persona del general D. José de la Concha que, poseyendo todas las condecoraciones militares y civiles de España, las de San Fernando en todos sus grados desde la de primera clase y varias laureadas hasta la gran cruz de San Hermenegildo, también pensionada, la del Mérito Militar y las de Isabel la Católica y Carlos III, obtenida en Octubre de 1888 la grande de la Legión de Honor. Era además, y eso desde que ejercía el empleo de alférez de Artillería, caballero profeso de la Orden de Santiago, de cuya comisión permanente, como decano que era, fué nombrado presidente en 1879, habiéndole conferido posteriormente S. M. la Reina la dignidad de comendador mayor de León en la propia Orde.

Al congregarse bajo la jefatura del señor Sagasta los poderosos elementos que constituyen el partido liberal, el general Concha obtuvo en sus filas el puesto preeminente debido á sus merecimientos, y su presidencia de la Alta Cámara durante los dos penúltimos períodos de mando de aquel partido, se recordarán siempre por la sabiduría y la elevada serenidad con que cumplió sus deberes presidenciales, que supo hermanar con una adhesión inquebrantable á su jefe.

En la cumbre de las más altas gerarquías, rodeado de glorias bien ganadas y de respetos no discutidos, el general Concha emita hace tiempo sus juicios sobre las cosas y las personas con esa severa justicia del que, libre de pasiones, contempla la vida desde los umbrales de la muerte.

—Mis juicios,—decía hace algún tiempo,—á nadie pueden inspirar sospecha de pasión ni de interés mudando. Soy una luz que se acaba, y cuyos últimos resplandores están dedicados á la patria y á la Regencia, porque creo que la suerte de las dos está indisolublemente unida. En cuanto á mí, solo aguardo á que en mis últimos momentos quede cumplido el lema de mi escudo: «Un buen morir honra toda la vida.»

Tales son los honrosos servicios que en su carrera militar de más de setenta años por el insigne general marqués de la Habana, que deja tan gran vacío en el ejército español que le ha visto cien veces á su cabeza en los campos de batalla y le ha admirado en

los consejos y centros técnicos, donde la vasta ilustración que atesoraba y sus privilegiados talentos, han contribuido poderosamente á los progresos de su disciplina y á la gloria de sus armas.

[Descanse en paz] el egregio veterano, que no faltarán lágrimas de sus allegados y amigos que rieguen su sepulcro, ni coronas con que le cubran sus muchos admiradores!

LA CRISIS FRANCESA

Perfiles de los ministros.

Dice una carta de París, hablando del nuevo gobierno:

«Este ministerio es sumamente ridículo y no hay nadie que lo tome en serio. Puede decirse que no habría sido posible reunir en un gabinete tantos personajes ridículos é imposibles si se hubiese hecho con el deliberado propósito de desprestigiar á los radicales.

M. Bourgeois no tiene en verdad nada de ridículo, y es un hombre honrado; pero los oportunistas le miran de rojo desde que el año pasado quiso, como ministro de Justicia, llevar ante los tribunales á los panamistas. Sabido es que fué necesario que M. Ribot acudiese al reparo para echar tierra sobre el asunto.

M. Ricard ha sido ya ministro y en dicho cargo apareció extraordinariamente ridículo, en términos que se le denominaba «la hermosa Fatma».

M. Guyot-Dessaigne apenas fué ministro durante algunos días en 1889 y hubo de desaparecer ante una andanada de injurias y de sarcasmos. Fogoso bonapartista en la época del imperio, se convirtió luego en furibundo republicano y radical, denunciando á todos los funcionarios de su departamento que iban á masa y pidiendo su destitución. Es un personaje á la vez odioso y grotesco.

M. Mesureur es el concejal del Ayuntamiento de París que hizo cambiar la denominación de la cuarta parte de nuestras calles, suprimiendo todos los nombres que recordaban una gloria monárquica ó imperial, para dar á nuestras calles los nombres de republicanos oscuros, conocidos únicamente de su partido, ó los de revolucionarios sobrado conocidos.

M. Berthelot, senador, es un hombre instruido y un químico ilustre; pero es al mismo tiempo uno de los jefes de la masonería y un sectario del ateísmo.

M. Cavaignac, hijo del general que fué presidente de la República francesa en 1848, y nieto del convecional del mismo apellido, que fué conde del Imperio, tiene un carácter brusco, colérico y poco agradable. El ejército le teme, no por su carácter, sino por sus ideas subversivas en materias militares.

M. Lockroy no hará menos daño á la Marina, á la que ha acusado varias veces de autora de malversaciones, y que nada ha encontrado, á pesar de formar parte de la comisión investigadora. Está casado con la viuda de un hijo de Víctor Hugo, y vivió largo tiempo á la sombra del gran poeta. Fué autor de sainetes antes de ser político, y tiene talento; pero no se distingue por su circunspección, habiéndose distinguido más como literato que como estadista.

M. Guieysson, nombrado ministro de Colonias, ha sido ingeniero hidrógrafo y ayudante de la Escuela Politécnica, y profesor de egiptología en la Escuela de estudios superiores. Es también autor de varias obras científicas.

En la Cámara se ocupaba preferentemente de las cuestiones de economía social. Figura entre los radicales y fué ponente de la comisión que entendió en el proyecto de establecimiento de una caja de retiros para los obreros.

El programa.

Por separado lo publicamos, explicándose las reservas de todos los partidos de la Cámara, excepción de radicales y socialistas.

Lo probable es que en algunas de las interpellaciones anunciadas salga derrotado el gobierno, á menos de que las derechas, al apoyar al gobierno, busquen por pesimismo el logro de sus propósitos.

En este caso, lo más probable sería que las derechas se vieran una vez más burladas y que en vez de la restauración de ideas y de instituciones con que sueñan, diesen nueva fuerza al partido radical.

El impuesto progresivo y otras medidas evidentemente socialistas, claro es que suscitarán resistencia en las clases altas y media de la sociedad; pero lanzada la idea, y patrocinada por un gobierno constituido regularmente, ¿quién sabe el camino que podrá andar?

Por de pronto, Francia corre un peligro, y es que las próximas elecciones se hagan bajo las actuales impresiones, porque bien podría suceder que el sufragio universal fuese favorable á los planes de M. Bourgeois.

LOS TRAJES DE SARAH BERNHARDT

La segunda representación de *Gismonda*, verificada anoche, proporcionó un nuevo lleno al elegante coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada.

La concurrencia era asimismo distinguidísima.

Veíase al embajador de Alemania con su señora é hijas; á la esposa del representante de Portugal, condesa de Macedo, que ocupaba, con la marquesa de la Laguna, el palco de la condesa de Asmir; al ministro de Suecia, baron Wedel; al Sr. Navarro Riverter; á los marqueses de Pozo Rubio; á la señora de Sicles con su linda hija Ida; á las marquesas de Albaserrada, Mesa de Asta, Alhama é hijas, Portago, Valdeiglesias; á la señora de Arcos con la señora de

Vazquez; á la joven señora de Finat; á la condesa de Villanueva de las Torres née Limpias, con las señoritas de Badmar; á las condesas de Catres, Montarco é hijas, Yumuri, Poblaciones y hermana; á la duquesa de Durcal con su madre la señora de Madam; á las señoras de Escrivá, Lacy, Canalejas, viuda de Delgado née Bueno; á la eminente artista señora Darelée, que atraía todas las miradas por su belleza y elegancia; á la señora de Tolosa Latour née Elisa Mendoza; á la señora de Vega Inclán née Lora; á la señorita de Santa Marina y tantas más.

Respecto á los trajes lucidos por Sarah Bernhardt, todo cuanto se diga es poco acerca de su riqueza y propiedad artística. El público aplaudió, no tan solo estas cualidades, sino el conjunto asombroso, rara vez visto en la escena, de tanta perfección en los detalles. Los cuadros que más gustaron fueron el final del primer acto, la decoración del convento y la grandiosa escena con que termina el drama. Sarah Bernhardt luce cinco trajes, cuatro de ellos verdaderas maravillas de tanto valor como gusto.

En el primer acto aparece en traje de cello, y consiste este en un vestido de terciopelo color *maillé*, completamente bordado de oro y piedras de colores, cubierto de una túnica soberbia, recogida á un lado, y hecha asimismo de terciopelo verde, también cusajado de riquísimos bordados figurando arabescos. El talle es alto y rodado á la altura del pecho un cinturón de oro y pedrería. El cuerpo es algo escotado por delante, y Sarah luce una larga cadena de perlas y piedras de la cual pende una magnífica cruz bizantina. En la cabeza, la insignie actriz lleva un ancho sombrero de terciopelo verde con una gran pluma blanca. Los guantes, de color de cuero, llevaban en la manopla bordados en sedas de colores el escudo y armas de la duquesa de Atenas.

El segundo acto representa, como hemos dicho, el claustro de un convento de monjas. Sarah aparece elegantísima, con traje de cachemir blanco completamente bordado en oro y sedas de colores y piedras. Estos bordados, que son realmente una maravilla artística, representan en el delantero ángeles bizantinos que sostienen pájaros ó coronas, y todo el traje está sembrado de lirios bordados, en los cuales dominan los tonos amarillos más hábilmente combinados. El talle de este traje es igualmente alto rodado por un rico cinturón, y las mangas, larguísimas y estrechas, llevan como hombrera un volante también con bordados.

Todo el largo de la manga véase una hilera de estrecho bordado con piedras preciosas. En la cabeza luce Sarah un pequeño birrete de terciopelo oscuro, bordado de perlas.

En el tercer acto su *toilette* es bellísima y muy rica. La tela es un maravilloso tejido de oro y arabescos, color de rosa, y todo el vestido se halla bordado de grandes flores de lis, hechas de oro, y en cuyo centro destacan una gran turquesa.

El cinturón es también de oro y turquesas. Es imposible imaginar un conjunto más ideal y elegante.

El primer cuadro del último acto es muy corto, y el traje de Sarah no tiene importancia, ya que la duquesa de Atenas ha ido de incógnito, y oculta entre las sombras de la noche, á visitar la cabaña de Almerio. Sarah lleva un traje blanco, cubierto por una túnica ó amplia dalmática morada.

Llegamos ahora al punto más culminante de la obra, en donde su autor ha derrochado todas las inspiraciones é idealidades de aquella época fastuosa.

Alzase el telón, y el público admira, además de la lindísima decoración de una iglesia bizantina, el traje primoroso de los dos acólitos.

Viene en seguida la procesion, y al aparecer la escultural figura de Sarah con una palma en la mano, el público cree tener ante sus ojos una de aquellas imágenes que se ven en los retablos de los antiguos templos ó pintadas en las vidrieras de color de gótica catedral.

El traje de la gran actriz ha costado una suma fabulosa.

Es de soberbio raso blanco, profusamente bordado de oro, y cubre los hombros una gran esclavina, á modo de peliza, hecha de tejido de oro y cusajada de perlas y rubies. Lleva Sarah en la cabeza una gran corona de oro, cerrada, y á ambos lados dos grandes florones de brillantes, del más puro estilo bizantino. En el pecho luce Sarah una soberbia joya y en los dedos índice y el llamado de corazón, enormes anillos de pedrería, sobresaliendo una formado por una soberbia turquesa. En toda la obra el peinado de Sarah no varía. El cabello va suelto en dos gruesas trenzas, que se unen cerca de su extremidad.

Merecen también grandes elogios los trajes lucidos por el obispo, el último de los cuales lleva todo el delantero bordado en sedas de colores figurando santos; los trajes de Zacarías, el de Almerio en el último acto, el de la abadesa, que es un modelo de seriedad y de buen gusto; y los de la dama de honor de la duquesa de Atenas, la cual luce en el tercer acto riquísimo vestido de raso blanco, cubierto de bordados de oro figurando arabescos.

Son también muy ricos los trajes del niño, papel que en París era representado por un muchacho de más edad que el que trabaja actualmente aquí. En suma, todos los personajes que aparecen en *Gismonda*, siquiera sea por breves momentos, ostentan trajes

